

HASTA QUE VALGA LA PENA VIVIR: ESCUCHAR LAS PAREDES, NARRAR LA PRECARIEDAD Y PELEAR EL TIEMPO

Octavio Martínez Michel

Resumen

Este artículo es en realidad un viaje, un viaje narrativo por el Chile insurrecto de 2019, por sus muros, sus grafitis, sus consignas, su lucha contra el neoliberalismo y la precariedad. En el viaje nos acompañan autores y autoras que nos prestan conceptos y tematizaciones que nos permiten observar cómo ciertas categorías nos sirven como lentes para interpretar fenómenos sociales e históricos complejos. Las *cadenas equivalenciales* de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, los *momentos insurreccionales* de Étienne Balibar, el *rechazo al trabajo* de David Frayne, los *desocupados* de Vivian Abenshushan, los *comunes* de E.P. Thompson y las *revoluciones de la vida cotidiana* de Ágnes Heller, nos guían en un trayecto en el que se pretende comprender la relación entre la injusticia social, el régimen de trabajo neoliberal y las posibilidades de ver al futuro con esperanza. Veremos grafitis, murales, restaurantes tradicionales, académicas, estudiantes y personas que se resisten a ser dominadas por el tiempo productivo que no deja espacio para la vida que vale la pena. En medio de todo nos susurran las insurrecciones y el deseo de que los quiebres institucionales que provocan se conviertan en derechos que nos permitan imaginarnos una vida más allá de la supervivencia.

Palabras clave: precariedad, trabajo, neoliberalismo, movimientos sociales, arte gráfico popular.

UNTIL LIFE IS WORTH LIVING: LISTENING TO THE WALLS, NARRATING PRECARIOUSNESS AND FIGHTING TIME

Abstract:

This article is actually a journey, a narrative journey through the insurgent Chile of 2019, through its walls, its graffiti, its slogans, its fight against neoliberalism and precariousness. On the journey we are accompanied by authors who lend us concepts and themes that allow us to observe how certain categories serve as lenses to interpret complex social and historical phenomena. The equivalential chains of Ernesto Laclau and Chantal Mouffe, the

insurreccional moments of Étienne Balibar, the rejection of work by David Frayne, the unemployed of Vivian Abenshushan, the commons of E.P. Thompson and the revolutions of everyday life by Ágnes Heller guide us on a journey that seeks to understand the relationship between social injustice, the neoliberal work regime and the possibilities of seeing the future with hope. We will see graffiti, murals, traditional restaurants, academics, students and people who resist being dominated by productive time that leaves no space for a life worth living. In the midst of it all, we hear the whisper of insurrections and the desire that the institutional breakdowns they provoke become rights that allow us to imagine a life beyond survival.

Keywords: precariousness, work, neoliberalism, social movements, popular graphic art.

Paredes que hablan, academia precaria y el sueño de liberación

Es 7 de septiembre de 2022, deambulamos por las calles de Santiago en los alrededores del Museo Nacional de Bellas Artes. Encontramos las huellas de la insurrección: grafitis, pintas y mensajes nos anuncian que por ahí estuvieron quienes quisieron cambiarlo todo en 2019. Quienes, como piensa Ágnes Heller (2019, 102-115), buscaban la revolución en la vida cotidiana para alcanzar la liberación; quienes querían conquistar su futuro, un horizonte que se les había negado antes de siquiera nacer; quienes -como hijas o nietas de la dictadura cívico-militar y de la concertación⁴⁴- se sentían hartas de la insoportable incertidumbre a la que las arrojaban las deudas acumuladas para pagar la educación o la salud; quienes sufrían porque el más mínimo cambio en los gastos regulares podía comprometerlo todo; quienes querían tener protagonismo en las decisiones que definen el rumbo político de su país y el propio; quienes querían ver su rostro y sus problemas en las discusiones públicas y pensar una solución de forma colectiva. Esas eran las voces, los gestos y los deseos que encontrábamos en las paredes.

Al caminar alrededor del museo se nos aparece un grafiti grande pintado en uno de sus muros, su mensaje está prácticamente inmaculado, no hay más pintas sobre él, está perfectamente enmarcado en una especie de espejo, un medio óvalo. Su sentencia “*Hasta que valga la pena vivir*” me interpela violentamente y me persigue. Al recorrer Santiago, nos hemos encontrado con muchos otros grafitis, murales o pintas cuyas máximas son decisivas o cuyo mensaje es lapidario “Chile, no te duermas nunca más”, “El violador eres tú”, “El mundo es tuyo”, otros tantos nos encontraremos en Valparaíso días después, pero ninguno prenderá igual en mi interior. Me veo en ese espejo, desde aquel día, todos los días.

⁴⁴ Alusión a los partidos que formaron una alianza para terminar formalmente con el período dictatorial en Chile y que ejercieron el poder entre 1990 y 2010. En dicha alianza, el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Socialista se constituyeron como los dos principales beneficiarios. Parte importante de la crítica a esta alianza y gobierno es la incapacidad para modificar el modelo neoliberal que había quedado institucionalizado por la constitución de 1980 hecha durante la dictadura. Parte de la insurrección de 2019 está relacionada con el descontento con estos partidos, así como con el ascenso de la derecha electoral y la figura de Sebastián Piñera.

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

Fotografía 1. Hasta que valga la pena vivir.



Foto de autoría propia tomada en el Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, septiembre de 2022

Fuimos mi hijo y yo a Chile hace poco más de dos años, fuimos a lo que suponíamos sería una victoria política contra el neoliberalismo, contra la precariedad de la vida, contra esa condición que, según Isabell Lorey nos hace gobernables e impide la materialización de la democracia (Lorey, 2016, p.18). Se votaba entonces el plebiscito para aprobar o rechazar una constitución que se había redactado después de una especie de *momento insurreccional* (Balibar, 2015, pp.33–44) y de un proceso intenso de participación política. Queríamos estar ahí, ver al pueblo chileno ganarle al neoliberalismo; queríamos presenciar el momento en el que algunas de las heridas de nuestras amigas y amigos chilenos empezarían a sanar; queríamos tomar con ellas las calles y celebrar, por fin, que *otro mundo era posible*. Pensándolo bien, sólo fui yo a eso, mi hijo vino conmigo porque quería acompañarme, quería ver La Cordillera de Los Andes, quería saber por dónde había cruzado el General San Martín (que en aquel entonces era su ídolo gracias a que la pandemia nos llevó a los programas de

la televisión educativa de Argentina), quería subirse a un avión y ver otro país que no fuera el suyo, quería comer dulces desconocidos, esas cosas que hacen que la vida valga la pena.

Fotografía 2. Palabra pública



Foto tomada del portal “Palabra Pública” de la Universidad de Chile. Disponible en: <https://palabrapublica.uchile.cl/chile-el-muro-de-berlin-del-neoliberalismo/>

Con justicia se preguntarán qué tiene que ver todo eso con lo que nos convoca a este dossier. Quizás nada, quizás todo. Intento ensayar desde otro lado, intento narrar y explorar en lo personal cómo se viven y desdoblan las categorías con las que pensamos los fenómenos sociales; intento hacer caso a las feministas que, lo mismo en Chile que en México, encendieron las conciencias en 2020; busco encontrar lo político en los andares; narro una experiencia porque estoy hartos (¡hasta la madre!) de escribir ensayos que irán a parar a libros, revistas y repositorios que nadie jamás leerá. Ensayos que son todos iguales a todos los demás ensayos que se multiplican en un mar insondable de revistas, dossieres y libros de ensayos; ensayos estandarizados, hechos todos con un mismo molde, dirigidos todos a la producción infinita de puntos dados por los comités científicos nacionales e internacionales (Supiot, 2022, pp.53-70). Ensayos que responden a la lógica productivista y supuestamente meritocrática del neoliberalismo: gana más quien produzca más, quien obtenga mayor

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo puntaje, quien obtenga mayores citas, quien tenga más amigos que lo citen a cambio de citarlos, quien pueda vender sus ensayos como “productos con factor alto de impacto”⁴⁵.

Por supuesto que nada de lo que diga acá termina, o si quiera mueve un solo pelo de ese sistema de producción en masa en que se ha convertido el mundo académico. Tampoco que cambie ligeramente la forma en que se presenta un ensayo cambia gran cosa, pero por una vez quise hacerlo de forma distinta; quise hacer explícito que esa precariedad sobre la que teorizamos afecta también la forma en la que nos enfrentamos a los problemas, subrayar que la academia está atravesada por prácticas mercantilistas que nos obligan a escribir de formas muy específicas y señalar que todo eso sucede en el mismo momento en que escribo.

Quise también ensayar y practicar con el flujo de las ideas y sensaciones intentando encontrar lo que hace que esto valga la pena, intercalar experiencias y lecturas; reflexiones y preguntas para las que no necesariamente tengo una respuesta contundente o un marco teórico completamente depurado ¿No era desde Montaigne ese el objetivo del ensayo? ¿No nos había dicho Bertrand Russell que en filosofía eran más importantes las preguntas que las respuestas? ¿En un ensayo o una ponencia sólo hay espacio para investigaciones acabadas, para presentar resultados?

Narro, pregunto y me detengo porque intento explorar si, entre la insondable cantidad de esquemas, conceptos y teorías que desarrollamos veloz y eficientemente en el formato impuesto por Word, Power Point o Canva, podemos encontrar flujos que nos lleven a dialogar y discutir los problemas para buscarles solución. Y es que Microsoft junto con el giro productivista en las academias nos impusieron un formato para el profesionalismo, un formato para presentar un argumento, un formato que obliga a presentar las investigaciones como productos completamente acabados y un formato que hace fácil que uno se repita mil veces: párrafo, párrafo, párrafo, cita de cuerpo; párrafo, párrafo, párrafo, cita pequeña dentro de párrafo; párrafo, párrafo, párrafo, otra vez cita de cuerpo y así hasta tomarse siete tazas de café para llegar despiertos a la bibliografía. Es el formato de la somnolencia y el

⁴⁵ Según la Biblioguía de la Universidad de Deusto, para la Journal Citation Reports, el factor de impacto: mide la frecuencia con la cual ha sido citado el artículo promedio de una revista en un año en particular [y...] Sirve para comparar revistas y evaluar la importancia relativa de una revista concreta dentro de un mismo campo científico. Consultado el 29 de enero de 2025. Disponible en: <https://biblioguias.biblioteca.deusto.es/c.php?g=174230&p=3336181>

aburrimiento. Otras veces he intentado ensayar como ahora y se me ha dicho en tono de reproche “es que lo que tú haces es literatura, no filosofía”. Curioso reproche que creo arrancaría más de una sonrisa en el panteón de la filosofía.

Pero estábamos en Santiago de Chile, en septiembre de 2022. Las huellas de la insurrección eran visibles en sus calles hace dos años, una insurrección que inició en 2019 por las alzas a las tarifas del metro de Santiago y que poco a poco fue encontrando su *cadena de equivalencias* (Laclau, 2006, pp.97–99) con el sistema de pensiones (AFP), la falta de acceso a la educación y a la salud, la precariedad laboral, la violencia patriarcal, la violencia policial y en general el neoliberalismo, término que de una u otra manera operó como el *significante vacío* (Laclau, 2006, 91 y ss.) de aquella revuelta. Como se sabe, esa insurrección buscó darse salida a sí misma con una constitución. Esa salida que tantas veces en América Latina ha parecido ser una posibilidad para la esperanza, en un mundo que parece de pesadilla como recuerda Gerardo Pisarello (2002). Esa salida se cerró en Chile aquel 4 de septiembre de 2022 y hoy miramos con nostalgia e incredulidad aquel *momento insurreccional* que derivó en asambleas democráticas y que parecía anunciar el fin de un viejo modelo oligárquico disfrazado de democracia.

Se ha dicho muchísimo sobre los porqués de la derrota electoral en aquel plebiscito de 2022: que si no se supo leer a la derecha, que si se puso demasiado en la constitución, que si se desgastó la revuelta con el Covid y lo prolongado del proceso constituyente, y tantas otras teorías. No tengo nada que agregar en ese registro, en parte porque considero que, al volver a ese momento, se activa una melancolía que nos lleva más a la inacción y el inmovilismo que a pensar los horizontes teóricos de la igualdad y la justicia; y, en parte porque tuve la fortuna de regresar a Santiago y Valparaíso dos años después para interrogar al grafiti que describí al empezar este texto y repensar algunas ideas sobre las insurrecciones, los derechos y el futuro de nuestras luchas: ¿Quién lo pintó? ¿Qué lo motivó? ¿Por qué se me aparece una y otra vez? ¿Ese “hasta que valga la pena” significa luchar sin descanso, o supone que un día podremos descansar? ¿Es una apuesta de futuro o un rechazo del presente? ¿Son las dos? Me interesa más pensar ese mensaje con la mirada puesta en el presente y el futuro, que buscar a un enemigo del pasado, por eso no agrego nada a la dolorosa derrota de 2022.

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

Volví en octubre de 2024 a Chile, iba a participar en un congreso en Valparaíso y me pareció una buena oportunidad para volver a visitar Santiago y ver qué había cambiado desde mi última estancia. Apenas me pude instalar, fui al Museo de Bellas Artes a buscar el grafiti, pero ya no estaba. En su lugar ahora hay un mural de un perro vestido de aristócrata del siglo XVIII (¿O será del XVII? No sé nada sobre indumentaria aristócrata, salvo que es aristócrata). El mural tiene un autor definido que coloca sus códigos QR para que veas sus obras en Instagram. Tiene otros murales parecidos dentro del metro de Santiago, los cuales, como dice en su cuenta @akalaestampa, son ilegales. No deja de impresionarme la versatilidad, el dinamismo y el arrojo del arte callejero chileno, sus paredes cambian con mucha velocidad y sus mensajes también y, a pesar del riesgo, lo mismo en Santiago, en Valparaíso o San Pedro de Atacama, hay muchas artistas y ciudadanas dispuestas a jugársela, decir lo que se tiene que decir, lo que parece apremiante.

Observo e intento descifrar los códigos y aprender de los lenguajes de estas paredes pues me conmueven y me interpelan de forma constante (es poco probable que puedas darte una vuelta por Santiago sin encontrar murales con temáticas políticas y sociales). Pero en esa vuelta a las paredes del museo también hay preguntas que me acechan ¿Cómo pasamos del fuego político al perro aristócrata? ¿Así terminan todas las revueltas? ¿De pronto hay que obscurecer el mensaje político para permanecer? ¿Un día alguien comprará las paredes y el fuego se formateará tal y como Word formatea estas palabras?

Fotografía 3. El patrocinio de murales



Foto de autoría propia, tomada en el Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, 2024

Al hacerme estas preguntas, pienso en el arte mural mexicano, pienso en los muros con la imagen de Frida Kahlo que se pintan en Coyoacán, murales patrocinados por la empresa Comex y un gobierno local de orientación conservadora; también pienso en el mural “Internacionalismo Proletario” de Mario Falcón donde compartían espacio Genaro Vázquez, El “Che” Guevara, Emiliano Zapata, José María Morelos y Quetzalcóatl en la Facultad de Ciencias de la UNAM en los años setenta del siglo XX. Ambas son manifestaciones murales bien logradas, ambas presentan imágenes de figuras célebres de la historia mexicana, ambas presentan imágenes de personas revolucionarias afines al comunismo. El mural de Coyoacán es patrocinado por la empresa y cuidado por el gobierno, mientras que el mural de la Facultad de Ciencias fue borrado con ácido en 1973 por órdenes del entonces rector Guillermo Soberón en un contexto de represión a los movimientos estudiantiles y revolucionarios.

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

Fotografías 4 y 5. Frida Kahlo y el Che



Fotografía recuperada del portal de la alcaldía Coyoacán. Disponible en <https://www.coyoacan.cdmx.gob.mx/desarrollo/Deportivos/indexfragata.html>



Fotografía recuperada de la página de Facebook Memoria y Resistencia: la historia de la Guerrilla en México. Disponible <https://tinyurl.com/yert3bub>

A veces, las paredes pueden ser inofensivas condescendencias con los turistas, pueden arrebatárle todo lo complejo y subversivo a una persona, otras veces pueden ser peligrosas, pueden invocar fantasmas. En mi experiencia, las paredes de Chile son lo segundo⁴⁶.

Fotografía 6. Unión y lucha.



Foto de autoría propia tomada en la calle Almirante Goñi. Puerto de Valparaíso, Chile, octubre de 2024

Se me puede objetar, claro está, que este no es el espacio para venir a espantar fantasmas o para invocarlos, que mejor vaya a terapia o que me vaya a una comuna a soñar con la revolución; se me puede exigir que no les quite el tiempo con estas divagaciones, que mejor compre algún calmante o inductor de sueño, o que me vaya a comprar algunas latas de pintura a Comex para pintar mis propias consignas de justicia, que vaya a probar suerte a ver si alguien me hace caso.

⁴⁶ Ejemplos célebres de esto se pueden encontrar en el trabajo de las Brigadas Ramona Parra o el Taller Gráfico de la Universidad Técnica del Estado (UTE), pero considero que la tradición de arte gráfico callejero en Chile es mucho más amplia. Sobre esto, pueden ser ilustrativos los textos *Todo se rayaba, todo se escribía. Panfletos y murales: La política gráfica en la resistencia a la dictadura* (Nicole Fuenzalida y Simón Serralta, 2021); el artículo “La palabra pintada, notas sobre la Brigada Ramona Parra y el muralismo político en Chile” (Antonia García Castro, 2016); y el libro *Hablan Los muros. Grafitis de la rebelión social de octubre de 2019* (Raúl Molina Otárola, 2020).

Y sí, es cierto, probablemente estas preguntas sobre el lenguaje en las paredes no sean propias para un dossier académico, quizás narrar estos andares observando las paredes de Chile y de México sean más propias de un diario de viaje o de algún post taquillero en las redes sociales. Puede ser que no exista ningún concepto o categoría que pueda desprenderse de esas paredes que gritan deseosas de unirse a la insurrección, tal vez no hay nada teórico, conceptual o temático en esos murales hechos para que los turistas gringos puedan tomarse fotos con una Frida Kahlo mercantilizada y sumisa, presta a cumplir los caprichos del Instagram.

Por todo eso había decidido hacer un recorrido por algunas revoluciones e insurrecciones célebres, desde las europeas de los siglos XVII y XVIII, pasar por los levantamientos independentistas de las naciones latinoamericanas en los siglos XVIII y XIX, después por las revueltas socialistas del siglo XX y las luchas emancipatorias de las naciones asiáticas y africanas, terminando con los movimientos populistas y las luchas comunitarias, ecologistas y feministas del siglo XXI. Pensaba analizar esas luchas desde una perspectiva thompsoniana, evocar a las mujeres y hombres comunes que pelean por los derechos, la justicia, la emancipación, pensar su relación con las constituciones y situarlas en la dimensión temporal del futuro. Salirme pues de este experimento narrativo, dejar mis observaciones empíricas y olvidarme del “ensayo liberado del corsé académico” que propone Vivian Abenshushan⁴⁷.

Al hacer estas reflexiones, me convencí de que era mejor dejar de arriesgarme a equivocarme y volver al ensayo académico tradicional en el que el argumento certero, el rigor conceptual, la erudición y el formato establecido no dejen lugar a dudas de mi profesionalismo y seriedad, pero la verdad es que no me dio tiempo. Y es que cuando uno está atiborrado de clases, coloquios, arbitrajes, revisiones de tesis y artículos que publicar con urgencia (para que no los lea nadie más que quienes hacen los arbitrajes) ¿a qué hora puede uno ponerse a realizar una investigación en la que pueda demostrarse tal rigor, certidumbre, erudición y profesionalismo? Sí, la precariedad, ese mal de nuestro tiempo y nuestra cotidianeidad que nos tiene atrapados en una vida que no vale la pena vivir, una vida donde el sacrificio que se hace al trabajar no resulta en absoluto satisfactorio (Frayne, 2017, pp. 166-168). Tenía razón Manuel Gil Antón (2018), somos profesores de tiempo

⁴⁷No es una cita, sino la frase con la que invita a sus clínicas de ensayo. Sin embargo, se puede revisar su *Escritos para desocupados* (2013), como una muestra de lo que quiero decir.

repleto, también Michael Ende cuando a través de *Momo* nos advirtió que no debíamos venderles nuestro tiempo a los hombres grises.

Y la cuestión empeora si una quiere ponerse creativa y darle su lugar al diálogo, aceptar que no se sabe todo, que hay huecos en el flujo del pensamiento y gozar ese flujo. Presentar pues un ensayo en el que se someten reflexiones e ideas a un público para pensar colectivamente, no un teorema acabado en el que le exijo a la lectora o lector que descifre el código secreto de mi argumento, lo encuentre después de una larga jornada de aburrimiento y nunca más volvamos a tener contacto (si es que a eso puede llamársele “contacto”). Porque esto no sólo requeriría tiempo, claro está, sino también deshacerse de la cultura culpígena del trabajo y la productividad (Frayne, 2017, 201-220); requeriría dejar descansar el texto para poder evaluar lo que se dice, repensarlo y jugar con su forma sin sentir que al hacerlo, no se está haciendo nada y, por lo tanto, estamos haciendo un mal a la sociedad.

Así, entre la falta de tiempo, el deseo de disfrutar la escritura y la búsqueda de un diálogo más sincero decidí volver al experimento narrativo, combiné experiencias personales, referencias bibliográficas, conceptos e imágenes intentando darle juego a una idea: la justicia social es ante todo conquista política del tiempo, eso requiere cuestionar al neoliberalismo, el régimen laboral actual y, posiblemente, ciertos compromisos insurreccionales.

Trabajo, tiempo, sufrimiento y enfermedad

Hay un juego perverso entre la precariedad, la consecuente escasez del tiempo y una cultura del trabajo enfocada en la producción y el sufrimiento. David Frayne (2017) ha documentado prácticas de resistencia a ese tipo de régimen en Inglaterra, las cuales se extienden por un universo creativo variado, y pueden incluir lo mismo pausas “innecesarias” dentro del lugar de trabajo, que la renuncia total al trabajo y la búsqueda de una cotidianeidad más digna a través de métodos poco ortodoxos de obtención de los recursos materiales. A la vez, Vivian Abenshushan nos narra las experiencias de colectivos autodenominados *freegans* que se dedican a la recolección de comida en buen estado que puede ser encontrada tanto en los basureros de los vecindarios adinerados, como en los de las grandes cadenas de super mercados (2013, pp.179–190). No se trata de prácticas generalizadas o de movimientos sociales bien articulados capaces de disputarle a la gobernanza

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

neoliberal su hegemonía, pero sí son evidencias de batallas por el tiempo y por una vida disfrutable dentro de los huecos de los muros capitalistas. Son resistencias que se dan en campos distintos al académico, pero que deberían interpelarnos y obligarnos a preguntarnos si no deberíamos realizar acciones de resistencia más contundentes contra el enfoque productivista instalado en las academias (Supiot, p. 62), contra la precariedad en la que se desempeñan sus labores muchísimas profesoras y contra el trabajo repetitivo y vacío que nos genera una enorme infelicidad. Porque, como recuerda Frayne, en tanto que el problema del trabajo es político, también lo son sus soluciones (2017, p.231).

Estaba en lo profundo, meditando sobre estas cuestiones, y digo profundo porque me encontraba en el subsuelo atravesando la Gran Tenochtitlán en metro, no porque me esté contradiciendo y afirmando ahora que sí tuve tiempo de hacer un erudito, preciso y contundente análisis. Estaba pues pensando qué presentaría en el congreso en Valparaíso, cuando me encontré con una bebida que prometía darle salida a mis problemas. Era un café que decía “Duerme menos, sueña más”. Eso es, me dije, le quito unas cuantas horas al sueño y lograré hacer una ponencia tal y como dicta el canon, sin arriesgarme a cambiar formatos, ni nada por el estilo. Lo compré y lo guardé para la noche. Después de haber dormido a mi hijo, hecho las tareas del hogar y con todo dispuesto lo calenté y me dispuse a trabajar.

Lo intenté en varias ocasiones, pero lo único que lograba era quedarme despierto y absorto frente a la pantalla revisando los múltiples artículos que tenía que dictaminar porque, siempre que me sentaba, me daba cuenta de que las fechas límite para entregar uno u otro dictamen ya estaban más que rebasadas. Y me daba vergüenza no entregar el dictamen, dejando a la autora o autor sin publicar y sin que nadie la haya leído nunca. Eso sería romper ese pacto secreto entre dictaminadores, el pacto sagrado de que seremos nosotros quienes leamos ese texto a cambio de que el nuestro sea leído algún día por otra dictaminadora o dictaminador. Así que después de varios intentos de *dormir menos y soñar más*, ya había terminado todas mis dictaminaciones y soñaba dulcemente con los cuadros de corrección del Word, resaltados amarillos, rojos y verdes. Y también, tenía una colitis insufrible por las tardes que me acabó mandando al hospital. Nada más elocuente que una sala de urgencias para entender que no se le puede ganar la batalla al sueño y al descanso. Estaba enfermo ¿Pero tendría algún justificante para dejar de dar clases, de dictaminar

artículos, de corregir tesis, dar seminarios, participar en exámenes profesionales y así tener tiempo para hacer mi ponencia?

Mientras me preguntaba esto recuerdo a Bruce, una de las personas que entrevista Frayne y que se rehúsa a ser una víctima del régimen laboral (2017, pp.161–164). Bruce sufre en el trabajo y un día se siente completamente colapsado, roto. Pide dos semanas de descanso, pero no es suficiente, el daño psicoemocional que le ha provocado el trabajo es tan profundo que debe ir al psiquiatra. Una vez hecho esto, Bruce obtiene un diagnóstico que le permite ausentarse del trabajo por mucho más tiempo y recibir el pago del gobierno por enfermedad. Las reflexiones que tiene sobre esto son profundamente inquietantes, sabe que el trabajo es lo que le ha provocado la enfermedad, pero no hay ningún médico que vaya a otorgarle un diagnóstico que vaya en ese tenor. Algo así, implicaría la implosión de todo el sistema de trabajo y probablemente también socavaría la autoridad de quien ejerce la medicina.

Durante siglos se ha forjado un vínculo estrecho entre salud y trabajo, de tal suerte que la única razón para no trabajar es estar efectivamente enfermo. Bruce debe someterse al régimen médico y aceptar un diagnóstico psiquiátrico de “trastorno bipolar, con importante trastorno depresivo asociado, con ansiedad asociada” para poder dejar de trabajar, aunque es el trabajo lo que lo tiene enfermo y volver a él implicará volverse a enfermar (Frayne, 2017, pp.164–166). Algo similar relata Vivian Abenshushan en su “Escritos para desocupados”: después de haber aceptado la dirección de una revista y haber vivido solamente para trabajar, un día, ante la mirada atónita de sus colegas, decide renunciar e intentar recuperar la vida que vale la pena. Su cuerpo tarda días en responder, en reintegrarse y volver a tener la elasticidad necesaria para vivir (Fraine, 2013, pp.73-75). Mientras dialogo con estos recuerdos de lecturas, se me aparece otro mural que vimos en 2022 en nuestra visita a Santiago “Ya no quiero ser adulto” ¿Quién va a querer serlo si eso significa usar todo el tiempo, toda la fuerza y toda la salud para trabajar? La cura de Bruce y de Vivian se encuentra fuera del régimen del trabajo, me pregunto si la mía también.

Fotografía 7. Desocupados

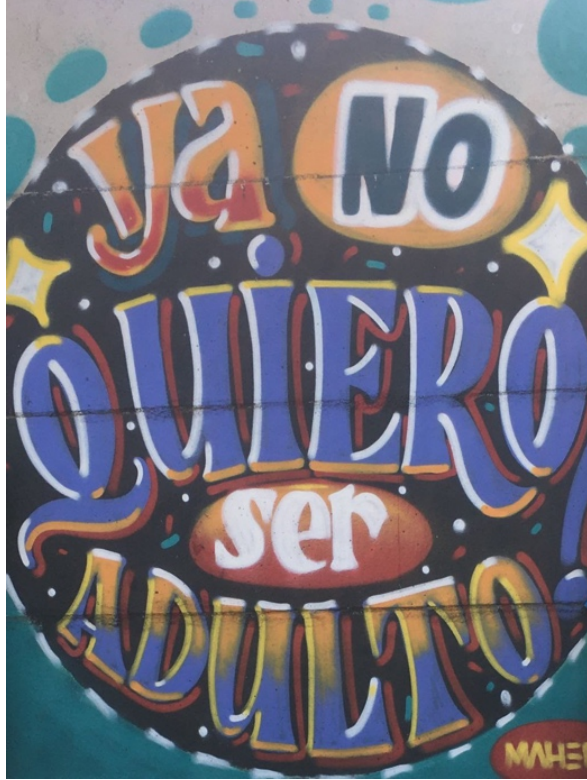


Foto de autoría propia. Tomada en Santiago de Chile, septiembre de 2022

El tiempo: juegos dialécticos por los derechos

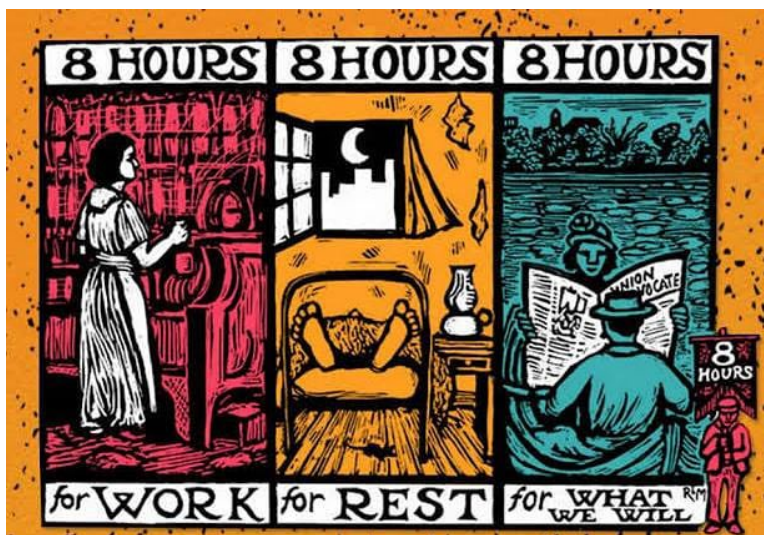
Nuestro tiempo está roto, como piensa Jorge Moruno en “Geografías de la Precariedad”: no tenemos tiempo. Primero el reloj de la fábrica condicionó de forma decisiva nuestro estar en el mundo, estandarizó el ritmo de nuestras vidas y dividió los días de formas que nos hicieron gobernables (Moruno, 2018, pp.14–15); después ese estándar permitió pensar un día de forma equitativa y, finalmente, terminó por estallar por los aires, el tiempo de internet hizo parecer que habíamos conquistado un horizonte en el que nuestra vida podría desarrollarse sin necesidad de adecuarse a los días y noches de nuestra geografía, por fin nos emanciparíamos de ese lastre y podríamos trabajar en Australia, mientras vivimos en México y estudiamos en Francia.

Al continuar con esta ilusión, soñamos con que nuestro cuerpo podría estar virtualmente en todos esos lugares sin la necesidad de movernos de nuestra estancia, que eso nos liberaría del tiempo utilizado para los traslados y que, quizás también podríamos liberarnos del tiempo de oficina distribuyendo el tiempo dedicado al trabajo de forma distinta. Conforme fuimos

acostumbrándonos a los teléfonos inteligentes y la conectividad permanente, nos dimos cuenta de que nuestra supuesta conquista del tiempo, bajo la lógica capitalista, no era otra cosa que una expropiación del tiempo que la lucha obrera le había arrebatado a la fábrica. No tenemos tiempo porque debemos estar disponibles de forma permanente para cualquier asunto laboral; la hiperconectividad ha ido acompañada de una notable erosión en los derechos laborales (Moruno, 2018, p. 63). Ya no tenemos horarios claros de trabajo, ni tiempos de descanso razonables (Frayne, 2017, pp. 186-188) y, por si fuera poco, le vendimos nuestro tiempo de ocio al consumo.

Ahora, detengámonos un poco en esta historia. Jano siempre ve al comienzo y al fin, el reloj que nos domesticó fue tomado por las obreras y los obreros en Haymarket para dividir nuestro día de forma justa: ocho horas de sueño, ocho horas de trabajo, ocho horas de ocio. Esa configuración del día no sólo buscaba el equilibrio entre nuestras actividades diarias, sino que buscaba conquistar el futuro, radicalizar el horizonte democrático que había sido todo, menos universal. Tal y como dice la canción de I.G. Blanchard que se entonaba en aquella lucha: Eight hours for work, eight hours for rest, eight hours for what we will! (Ocho horas para el trabajo, ocho horas para el descanso, ocho horas para lo que queramos) (Fones, 1975, p. 224). Pero claro, esa revuelta era demasiado ¡quién se atrevía a cuestionar al patrón y su sacrosanta máquina de eficiencia! Los mataron en Haymarket, igual que a tantos otros y tantas otras, colgados, con indiferencia, cancelando el futuro.

Fotografía 8. Tiempo y trabajo



Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

Foto recuperada del portal Worker Justice Center of New York. Disponible en: https://www.wjcnyc.org/international_workers_day_the_state_of_the_american_labor_movement

Aun así, la agenda de ocho horas, central en Haymarket y en la historia del movimiento obrero, logró hacerse espacio y quebrar el dominio absoluto del patrón sobre el tiempo de la clase trabajadora. Porque reivindicar esas “ocho horas de ocio” era reivindicar horas de agencia política, de organización comunitaria; horas puestas para la lectura, para el aprendizaje; para las amistades, las parejas, las familias; para el arte y los oficios; horas para que “valiera la pena vivir”. Ese es el futuro que quisieron tomar por asalto las clases trabajadoras y el horizonte a donde dirige Jano su mirada, es el tiempo próximo y el tiempo lejano. Saber que se pueden dedicar las tardes a hacer lo que una desee para aprovechar su existencia y saber que parte de esas horas se comparten con las iguales para asegurar que la agencia política funcione como barrera para quienes quieran arrebatarnos el tiempo.

Los grandes patronos anhelaban que esas horas de ocio fueran utilizadas para el consumo y no para la agencia, porque la agencia es lo que garantizaba la emancipación a través de los derechos políticos, de la asociación, de la crítica y la lucha; usar el tiempo para el consumo sólo robustecía la ilusión capitalista y generaba condiciones para gobernar al movimiento obrero. En ese flujo de pensamiento, Pepe Mujica lamentaba que la mejoría de condiciones materiales de existencia para los más pobres -generada durante su presidencia en Uruguay- hubiera creado más consumidores pero no más ciudadanos (Zunini, 2020).

El juego entre el consumo y el ocio, entre el tiempo de descanso y organización colectiva puede ser confuso y paradójico. Porque el capitalismo busca normar nuestras vidas (hechas de tiempo) y es capaz de organizar nuestro tiempo libre (el que le arrebatamos a las fábricas) de forma tal que lo dediquemos al consumo, o que lo utilicemos para recriminarnos todo lo que no hemos producido (Frayne, 2017, p.186). Por eso *Momo* es tan peligrosa para los hombres grises que quieren dominarlo todo, estabilizarlo todo, eficientar todo y engullirse el tiempo en humo. *Momo* tiene todo el tiempo del mundo para crear, para imaginar, para organizar, para vincular. No está atrapada en el vórtice culpígeno que genera la cultura de la productividad y por ello, puede dirigir su tiempo hacia horizontes emancipatorios. *Momo* no necesita un “Hasta que valga la pena vivir”, la vida vale la pena para ella en tiempo presente. El pueblo chileno lo grita en 2019 porque sabe muy bien lo que es haber sido expropiado del tiempo, ha experimentado en la tortura ser arrojado a un lugar

sin tiempo, ni futuro (Castillo, 2024, p. 75); sabe que sin horas (las portadoras de la virtud cívica en Grecia), sin horas para nuestro goce, sin horas para tejer la esperanza, la vida deja de valer la pena.

Ahora, hubo un momento en que parte de esta agenda política, social y ética sobre el tiempo fue materializada constitucionalmente en lo que se ha llamado Estado de Bienestar o Estado Social de Derecho. Ahí, las clases trabajadoras lograron arrancarle derechos al mercado, derechos que desafiaban la sujeción humana al reloj de la fábrica y la productividad. En donde se logró construir ese esquema, las clases trabajadoras disfrutaron por algunas décadas de jornadas laborales justas, vacaciones, sistemas de pensiones dignas, protección de la salud, la educación, la vivienda, reparto de utilidades en las empresas, aguinaldos, entre otros derechos que, desde hace también algunas décadas, vemos debilitarse, diluirse y desaparecer. Hoy vemos con nostalgia ese horizonte de un tiempo que fue mejor. Porque los horizontes de nuestro trabajo, nuestra vida cotidiana y nuestra existencia misma se desarrollan sin derechos, sin tiempo y con expectativas de futuro bastante limitadas (Supiot, 2022, pp.116–117).

Las dos veces que he estado en Santiago me asalta esa nostalgia, recuerdo el discurso de Allende sobre la nacionalización del cobre y su apuesta por realizar la revolución en Estado de derecho (Allende, 2010, pp. 61-67). Por eso se actuó con tanta violencia y crueldad contra el gobierno de la Unidad Popular, porque a pesar del escepticismo de las celebridades de la izquierda de los setenta respecto a la “vía chilena al socialismo”, la apuesta de Allende era profundamente desafiante: el Estado de derecho es nuestro, los derechos son nuestros, son el camino a una emancipación duradera. “Más temprano que tarde...” Me resuenan las últimas palabras de Allende al ver la puerta por la que lo sacaron muerto de La Moneda. “Vamos tarde Chicho...” le respondo melancólico sin saber a donde voltear.

Deambulo por las calles del centro de Santiago y camina conmigo la nostalgia, esa acompañante engañosa – mortífera dice Carmen Castillo- que ha funcionado como una aliada de las nuevas derechas, quienes la exaltan para reivindicar al trabajador blanco y al padre de familia tradicional. Lo mismo Trump que Marine LePen utilizan la figura del trabajador nacional e incitan a la xenofobia para construir su base electoral. Recuerdo a Dubet: la nostalgia funciona más como un aspecto inmovilizante que como un catalizador para la conquista de derechos y libertades (2020,pp.13–15). También me acuerdo de Lorey: esa nostalgia esconde la dimensión

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

profundamente patriarcal del Estado de Bienestar, su énfasis en el trabajador como el *dueño de los derechos* y sus esposas e hijos como receptores secundarios de esos derechos (2016), que les caen como por derrama. En algún sentido la idea de la economía de la derrama propia del neoliberalismo, ya estaba puesta en este horizonte patriarcal del Estado de Bienestar.

Desde que hice mi tesis de doctorado he considerado la política de los afectos como un componente teórico y práctico decisivo para la materialización de la justicia social. Las advertencias de Dubet y Lorey me hacen volver sobre mis pasos. Allende ya no está, la insurrección de 2019 tampoco. Dice Dubet que los ataques y el desmantelamiento de la justicia social, generan ira, pero que está no nos moviliza hacia la igualdad, sino hacia la recuperación de identidades y orgullos perdidos. Es una ira convertida en mortífera nostalgia ¿hacia dónde nos lleva? En Chile puede revivir a Pinochet, en México a Díaz Ordaz, en Argentina a Videla. La añoranza por el *pasado que fue mejor*, en América Latina puede bien encarnar las dictaduras ¿Cómo hacemos para honrar las luchas del pasado proyectándonos al futuro? Jano despliega su complejidad ante mis ojos.

Valparaíso, las jerarquías y la nostalgia. Pelear por la igualdad

Entre las innumerables consignas y mensajes que una se encuentra por Santiago, una que puede verse con frecuencia es la de “No más AFP”. Signos de la resistencia a un sistema inmoral de pensiones que manejan los privados, en el que la carga está sobre el individuo y que tiene a las personas mayores sujetas a condiciones de hambre. Vuelvo al Estado de Bienestar y la justicia social, me viene la imagen E.P. Thompson, quien criticó duramente a la izquierda de su época por repetir dogmáticamente que el Imperio de la ley (*The rule of law*) era una institución de dominación burguesa, cuando históricamente había evidencias suficientes para afirmar que era una institución que los plebeyos (*commons*) le habían arrancado a los patricios (*gentry*) (1990, pp. 258 – 269) ¿No iba de eso la insurrección de 2019? ¿No eran las plebeyas, las olvidadas, las marginadas quienes le gritaban al Estado “el violador eres tú⁴⁸”? ¿No fueron todas ellas quienes pintaban “ahora que

⁴⁸ Alusión al performance hecho por el colectivo “Las tesis” en el contexto de las manifestaciones de 2019 en Chile, el cual tenía como objetivo hacer visible el vínculo entre capitalismo y patriarcado. La performance proponía que grupos de mujeres se reunieran en plazas públicas con vendas en los ojos y recitaran una canción creada por el colectivo. Al respecto, vale la pena revisar la obra *Quemar el miedo. Un Manifiesto*, hecho por Las Tesis en 2021.

abrimos los ojos, nos quieren dejar ciegos”⁴⁹? Arrebatarle los privilegios a los patricios y construir justicia social con democracia ¿No era ese el objetivo de las redactoras de la nueva constitución en Chile?

Tiene razón Llorey al señalar que, empíricamente, el Estado de Bienestar fue una construcción patriarcal. También tienen razón quienes contextualizan la materialización de los derechos sociales en algunos países europeos y Estados Unidos como una consecuencia de la tensión que se mantenía con la URSS. Pero también es cierto, para seguir a Chantal Mouffe (2016) y a Gerardo Pisarello (2007), que se trata de una agenda abierta donde están las luchas obreras, pero también reivindicaciones igualitarias de diversos signos. Una agenda que parece por momentos reinventarse en América Latina, en parte porque acá nunca hubo un Estado de Bienestar. Así, parte de la agenda democrática chilena del 2019 al 2022 implicaba constituir un Estado de derecho en donde los derechos sociales, culturales y ambientales tuvieran protagonismo; donde hubiera instituciones que permitieran la profundización de los horizontes democráticos y donde se establecieran las bases para que las reivindicaciones feministas, las de los pueblos originarios y las de tantas quienes han sufrido los estragos de la desigualdad pudieran tomar camino (Convención Constitucional, 2022, Capítulos I, II y III).

Pienso y anoto todo esto en mi trayecto de Santiago a Valparaíso. La culpa me acecha ¿Cómo es que no tuve tiempo de hacer un escrito serio y formal, un escrito tal y como lo habrían hecho mis profesoras y profesores? ¿Esa denuncia a la precariedad en el trabajo académico tiene sentido en un foro donde todos están en una condición similar y ante quienes sí presentarán un texto acabado? Sigo reflexionando mientras me como un *sánguche* que me compró mi amigo Donovan en la estación de autobús. Le explico que llegué tarde porque no pensé en el caos de Santiago un lunes por la mañana, supuse que nada podría igualar al caos de la Gran Tenochtitlán y me vi atrapado en la violencia de una ciudad en la que no hay tiempo ni de una empanada antes de llegar al trabajo. Recuerdo México y las innumerables opciones alimenticias que hay camino al trabajo, reflexiono en la impuntualidad que nos caracteriza ¿será una resistencia contra el reloj de la fábrica? ¿una rebelión silenciosa contra el tiempo estandarizado y lineal que no deja lugar para lo que no se puede medir?

⁴⁹ Alusión a los disparos que los carabineros dirigían a los ojos de quienes tomaron las calles en 2019.

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

Transcurre rápido el camino, Valparaíso nos recibe con frío y la prisa de llegar a la Universidad. En ella, las jerarquías académicas de siempre: profesores que no pueden verte como su igual aunque ya te hayas vuelto profesor y puedas disputarle sus creencias y argumentos; una conferencia magistral en la que *el magister*, desde un escenario en lo alto, sólo se ve el ombligo y no le importa someter a los demás a escucharlo mucho más allá del tiempo acordado; aplausos y loas. Salimos del auditorio y otra vez las jerarquías y marcadores de clase: gafetes en los que se enuncia tu título nobiliario (perdón, quise decir grado académico).

La igualdad está en disputa, veo una pinta en las calles mientras caminamos hacia los salones “No basta con aprobar (se refiere a la Constitución), la lucha sigue”. Me asalta de nuevo la nostalgia, recuerdo el primer viaje con mi hijo a Valparaíso hace dos años “¿Por qué no ganó el apruebo?” me preguntaba con tristeza en aquel entonces, aún sin comprender todo lo que se jugaba en aquel plebiscito. Nunca supe qué contestarle, ensayaba frases como “las mentiras también ganan elecciones” o “hay quienes no quieren que seamos iguales”. Recuerdo que me miraba con extrañeza y me preguntaba “¿Los egoístas son más que nosotros?” No recuerdo qué le habré respondido, pero sé que me dolió en lo más profundo tener que admitir esa derrota ante él.

Fotografía 9. La lucha sigue



Fotografía de autoría propia tomada en la calle de Brasil (frente al Arco Británico). Puerto de Valparaíso, octubre de 2024

La nostalgia nos sitúa en complicaciones, pero también nos indica que el deseo de bienestar material y la igualdad sigue presente en nuestras configuraciones sociales. Presente como deseo y también como un campo en disputa, para pensarlo en términos de Bourdieu (2007). Su sentido lógico-semántico puede apuntar a la universalidad, pero si la pensamos sociológica o políticamente, parte de lo que se nos impone es la necesidad de pensar quiénes son los iguales, las iguales (Nino, 2013)

No es nada nuevo esto que decimos, desde Aristóteles, pasando por la tradición republicana y las propias revoluciones modernas, la igualdad no ha sido siempre interpretada de forma universal. Louis Dumont en su “Homo Aequalis” (1982) se dedicó detenidamente a describir a los iguales de las democracias liberales y explicaba la igualdad como una invención antropológica que tendía a normar la vida de las sociedades industriales, lo cual de ninguna manera implicaba universalidad,

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

sino el trazo de una frontera -aparentemente racional- entre quienes debían aspirar a ella y quienes no. De algún modo, es la misma frontera que trazan mis antiguos profesores conmigo, su indulgencia y paternalismo señalan que, ante sus ojos, no tengo todavía el estatus de *igual*.

Pienso que, a pesar de que no hay nada nuevo en esta disputa, parece que es necesario volver a sopesarla. Porque de lo contrario corremos el riesgo de que sea la nostalgia de las nuevas derechas o los movimientos neorreaccionarios la que construya el horizonte de la igualdad. Es decir, suponer que el horizonte de los derechos humanos obliga a una concepción universalista de la igualdad que es superior a cualquier otra interpretación y que debe imponerse por su propia fuerza moral, es una apuesta bastante arriesgada. Jerry Cohen insistió en que no puede rechazarse esa fuerza moral y que, esa fuerza es parte del sentido político y emancipatorio de los derechos y la igualdad (2014, Capítulo 2). A la vez, Kathryn Sikkink ha subrayado que ese sentido universal, operado políticamente (muchas veces desde América Latina), ha generado condiciones para el ejercicio de los derechos que no existían hace un siglo, lo cual debería dirigir nuestra mirada hacia un lugar distinto al de la nostalgia reaccionaria (2018, capítulos 3 y 4).

Creo que podemos estar de acuerdo con ellas, sin ilusionarnos demasiado, con todo y su fuerza moral, la igualdad como concepto no ha podido convencernos de renunciar a las jerarquías en el mundo académico y el tipo de trabajo que realicemos dentro de él o cualquier otro horizonte laboral sigue funcionando como marcador de clase. No es lo mismo ser profesor de tiempo completo, que profesor de asignatura (profesor de tiempo repleto como decía Gil Antón); no es lo mismo ser profesora, que trabajadora de intendencia; no es lo mismo ser profesor que trabajar en el área de cómputo y, por supuesto, no es lo mismo ser directora de una facultad o escuela, que camarera en la cafetería. Me atraviesan esas sensaciones y pensamientos mientras una estudiante de la Universidad me apoya para conectar la computadora al proyector y que pueda dar inicio a la sesión que me toca coordinar. Ella se dirige a mí con el título nobiliario “¿Así está bien Dr.?”, le insisto en que me hable de tú, pero no se logra romper la jerarquía.

Después de coordinar las mesas de trabajo durante el día, cierro la sesión y nos disponemos a salir. Sugiero que vayamos al *J. Cruz*, un restaurante tradicional de Valparaíso donde se puede comer la *chorrillana*, un plato local que combina papas a la francesa⁵⁰, carne de res y huevo. Según

⁵⁰ Que, dicho sea de paso, los chilenos reclaman como suyas: <https://comidaschilenas.com/las-papas-fritas-son-chilenas-identifican-primer-registro-historico-de-su-preparacion-y-consumo/>

lo que he escuchado es un plato creado para que los estudiantes y estibadores del puerto pudieran pasar el día sin hambre. A propósito quise ir a comer chorrillana por la historia que la circunda. Para mí es una alusión a la discusión sobre desigualdad y precariedad que llevamos a cabo en el congreso. Hay algo en mí que exige hacer corpórea esta discusión, Frayne me resuena (241 – 243): es necesario sacar esta discusión de los ensayos ininteligibles que se producen en la academia.

Sin quererlo, el *J. Cruz* también me sirve para pensar la nostalgia, pues el lugar es una hipérbole de ella. Todo él son signos de un pasado irrecuperable: retratos individuales en blanco y negro, mensajes de amor rayados en las paredes, tarros de cerveza antiguos, teteras y vajillas atiborradas en vitrinas que deben haber sido hechas hace más de un siglo decoran un lugar lleno también de figuras religiosas, lo mismo budistas que cristianas; hay cuadros y vajillas que evocan un puerto de Valparaíso que ya no existe. Es abigarrado y barroco, pero sencillo, no hay demasiado ruido y, al estar escondido entre los callejones, da la sensación de estar en la estancia de la casa de cualquiera de nuestras abuelas.

Estando ahí, siento que lo mismo se puede añorar un puerto de Valparaíso ordenado sin murales y grafitis (que es una de sus características contemporáneas), que un viejo amor, a nuestra abuela o reuniones de asociaciones políticas de los años sesenta. Siento que las nostalgias colectivas son justo como el *J. Cruz*, llenas de objetos, imágenes y sensaciones que no tienen una dirección determinada. En el terreno político, echando a andar ciertas nostalgias, la igualdad puede ser definida como el campo donde los hombres blancos, propietarios y heterosexuales ejercen su poder y se entienden con sus pares. Con afectos y prácticas de otra naturaleza, la igualdad también puede ser entendida como la garantía de autonomía individual y política de toda una comunidad o de toda la humanidad.

Es decir, la igualdad está atravesada por relaciones de poder y por las posibilidades de construir hegemonía. La igualdad está en el campo, pero la lucha por la determinación del campo no está decidida de una vez y para siempre. Por eso la pinta “No basta con aprobar, la lucha sigue” tiene sentido: aún si el plebiscito hubiera sido aprobado y Chile tuviera hoy una nueva constitución hecha en un proceso insurreccional y democrático, aun así, la igualdad no podría darse por sentado.

Los derechos -esa expresión jurídica y política de la igualdad- no son pues verdades, sino procesos abiertos donde las unidades populares, las reivindicaciones grupales, las identidades y los movimientos sociales juegan un papel fundamental. Otra vez, nada nuevo, reflexiones sociales

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

sobre las que hay que volver porque cada que nos sentamos a contemplar las bellezas de las libertades y derechos universales, estos vuelven a estar amenazados; cada que la mirada hacia el pasado se vuelve condescendiente y los grupos dejan de creer que es posible un futuro distinto, los derechos se diluyen en la desazón (Frayne, 2017); cada que ignoramos que lo que está en disputa se pelea en nuestro tiempo Jano voltea la mirada.

Pongamos de ejemplo la cuestión del trabajo y la precariedad. Jorge Moruno (2018) nos recuerda que, la flexibilización laboral (esa práctica que hoy podemos ver como la gran trampa ideológica neoliberal y que ayudó a hacer de la precariedad un problema individual), también puede implicar la posibilidad de liberarse de los estrictos horarios de las oficinas o las fábricas; permite pensar cierto horizonte de reestructuración del tiempo en medio de un mundo dominado aún por el reloj de la fábrica. Hay prácticas sociales complejas detrás de cada consenso y de cada modificación en nuestra vida. Quienes ven en la flexibilización una oportunidad, en parte pueden suponer que estar atado a un horario estricto de lunes a viernes, no vale la pena incluso si eso les otorga derechos y cierta estabilidad económica porque están cediéndole toda su vida al lugar de trabajo. Porque la cuestión no estriba únicamente en tener horas suficientes para el descanso y la recreación, sino en que el trabajo sea una actividad gratificante, una actividad que haga que “valga la pena vivir”.

Quizás, una trabajadora o trabajador en Francia o en Inglaterra en los años ochenta del siglo XX, no podía anticipar el riesgo enorme que entrañaba favorecer esa legítima búsqueda individual que aparentemente le ofrecía la flexibilización, frente a las dimensiones colectivas de la lucha por los derechos. Quizás algunas de ellas abrazaron esa flexibilización, porque no era posible observar que lo que se requería era fortalecer el derecho al trabajo, luchar porque este no fuera una pesadilla repetitiva. Quizás se contemplaba la belleza de una libertad individual anhelada y eso abrió el camino para la amenaza a derechos que parecían firmemente establecidos (al menos en lugares como Francia o Estados Unidos donde el Estado de Bienestar había prevalecido durante algún tiempo).

Hoy posiblemente veamos con claridad la amenaza que se cernía sobre nosotras, especialmente en horizontes como el latinoamericano donde quienes tenían una situación laboral estable han sido arrojados a los derroteros de la incertidumbre y el agotamiento que genera la precariedad (Giglia, 2014, pp.109-136). Hoy puede parecer muy obvio que la flexibilización laboral, el culto a la

individualidad, el abandono a los sindicatos y tantas otras características del universo neoliberal no han hecho sino empeorar la situación de la clase trabajadora. Podemos añorar, ver con nostalgia aquel horizonte de derechos porque, al perderlos, es evidente que es peor no tenerlos aún si logramos “liberarnos” de la oficina. Lo obvio del presente funciona para juzgar el pasado, un pasado que ya no podemos repetir, ni cambiar, pero nos obliga también a pensar el horizonte abierto del futuro. Ciertamente queremos derechos que nos permitan prever el futuro, pero no al costo de ofrendarle nuestra vida a un escritorio donde parece que la vida transcurre sin sentido (Supiot, 46). Jano mira lo que termina y lo que comienza.

Asaltar el futuro

Por la noche en Valparaíso, después de haber salido del *J.Cruz*, volví al hotel e intentaba terminar la ponencia mientras me asaltaban los recuerdos del viaje que había hecho hace dos años. Se me aparecían las imágenes de los murales y pintas de Santiago y Valparaíso, y me absorbía la sensación de que mientras la cotidianeidad de Santiago era melancólica y acelerada, la de Valparaíso era caótica y alegre. Alguna vez una amiga me había dicho que Santiago había sido el símbolo de la dictadura y Valparaíso había sido el de la resistencia. Su voz resonaba esa noche entre mis esfuerzos por conceptualizar lo que se presentaba como la vivencia intensa de un viaje que había durado dos años, a pesar de que entre mis dos visitas a Valparaíso mediaban los mismos dos años. No sé si esa contraposición entre estas ciudades sea cierta o si tenga algún sentido, yo vi señales de protesta, resistencia y anhelos de justicia en todos los lugares que visité y recuerdo con claridad que la insurrección de 2019 tuvo como escenario estelar el metro de Santiago.

Reflexionaba sobre las cotidianeidades y sensaciones de estas ciudades cuando me acordé de Ágnes Heller y sus “Revoluciones de la vida cotidiana” (2019), también vino a mi mente Geoffrey Pleyers (2019) y su insistencia en que los movimientos sociales también son de derechas, también realizan reivindicaciones identitarias, también tienen estrategias de grupo, se movilizan y luchan. Pensaba en la idea de Heller de que las revoluciones sociales y políticas tienen éxito cuando cambian nuestra vida cotidiana. Según ella, un proceso revolucionario que apunta a la igualdad, no triunfa si logra instalar en un gobierno a un grupo que cree en una revolución; tampoco el dominio del Estado o la definición del derecho implicaría el triunfo de una revolución de esta naturaleza, pues el poder emanado de ellos, su capacidad para estabilizar el dinamismo político,

fácilmente puede traicionar los objetivos de un movimiento emancipatorio. Las revoluciones triunfan cuando han modificado la vida cotidiana de forma decisiva, porque esa vida es la que alimenta un proceso que pretende conquistar el futuro (2019, pp. 102–114).

Ahora, claro está que esa transformación de la vida cotidiana no necesariamente apunta siempre a horizontes emancipatorios. Los totalitarismos en Europa, lo mismo que las dictaduras en América Latina transformaron de forma profunda la cotidianeidad y con ello aseguraron la permanencia en el tiempo de proyectos que aspiraban a la refundación de ciertas jerarquías tradicionales, a la construcción de sistemas intensos de competencia entre los individuos o a la elaboración de condiciones sociales propicias para el enriquecimiento de una élite reducida. Terminé mi ponencia haciendo algunos señalamientos sobre esta idea de las revoluciones y anotando que, si la precariedad había revolucionado nuestra vida, haciéndonos gobernables (Lorey, 2016, pp.17-28), era posible construir desde ahí una movilización social que pusiera en entredicho el orden neoliberal y la cancelación del futuro propia de este. Recordaba las prácticas de solidaridad que Angela Giglia (2014, pp.127-134) descubre entre las y los gasolineros precarizados; también subrayaba la idea de Frayne de que es posible articular la resistencia al trabajo como un movimiento político revolucionario (2017, pp. 228–238); insistí en la idea de Guy Standing (2011, capítulo 7) de que las y los precarios están en condiciones de entenderse como iguales y disputar las condiciones de justicia.

Muchas de estas reflexiones ya me acompañaban en el avión mientras volaba de México hacia Santiago: hacía notas sobre cómo construir nuevos horizontes de lucha social, sobre cómo recuperar las enseñanzas de las luchas del pasado sin perder de vista las condiciones del presente; anotaba vinculaciones entre las concepciones de Heller y de Mouffe, mientras intentaba no olvidar las advertencias de Pleyers; Thompson y la reivindicación de las luchas de los comunes me resonaban en el aterrizaje y en la interminable fila de migración. Estaba en eso, cuando terminaron las revisiones de rigor y, de golpe, me encontré solo en el aeropuerto buscando cómo llegar a Macul.

En el trayecto me reencontré con las huellas de la insurrección enmarcadas en la ventana de un *Uber* colectivo en el que recorría con velocidad algunas comunas del centro y el oeste de Santiago. Miraba por la ventana curioso, mientras escuchaba la voz seca del conductor que le respondía a

una radio de la cual emanaba una voz metálica que le exigía llevar a todos los pasajeros en tiempo récord y volver al aeropuerto para hacer lo mismo una y otra vez.

Los días siguientes intenté acomodar conceptos, problematizaciones y experiencias sentado en el comedor de la casa de mi amiga Paola, mientras Santiago me gritaba para que recorriera sus calles. Volví a intentar acomodarlo todo aquella noche antes de la ponencia en Valparaíso, pero sucedió lo mismo, sus paredes rugían mensajes que se disputaban lo mismo la memoria que el destino y que me invitaban a recorrer la ciudad. En este viaje – ponencia - ensayo, me reencontré pues con la resistencia de estas ciudades rebeldes a ser dominadas expresada en sus murales, sus sitios de la memoria y su perenne reivindicación de las historias de victorias populares en sus teatros, su literatura y su arte gráfico. También me reencontré con las máquinas de los hombres grises en el metro de Santiago, las mismas máquinas que encuentro en México en mi lugar de trabajo, máquinas de bebidas energéticas en las que se lee una siniestra jugarreta: “recárgate, lo mereces”: un remedio intragable para seguir trabajando y produciendo a pesar del agotamiento. Entendí con Heller que en Santiago y Valparaíso se disputa en la vida cotidiana un tipo de futuro, pero que eso también sucede en la Gran Tenochtitlán y seguramente en cada rincón del planeta.

Dice Furio Jesi que las insurrecciones, las revoluciones, hacen una apuesta radical: parar el tiempo y volverlo a echar a andar antes de que todo deje de existir (2014, p. 61). Pienso que las constituciones -ese instrumento con el que en América Latina le intentamos decir “aquí estoy, resisto y existo” a quienes nos niegan ese derecho- aparecen muchas veces en ese momento de quiebre para alcanzar el futuro. Pero este dispositivo puede funcionar también para consolidar revoluciones de signo contrario al de la igualdad. Las élites insurrectas en Estados Unidos, en Inglaterra, en Chile, en Argentina y en México lograron en su momento reconfigurar el tiempo que mandaba el canon neoliberal y lograron *asaltar el futuro* con sus propias constituciones y su propia transformación de la vida cotidiana.

Todo esto se desdobra en mis libretas y mis pensamientos. Anoto la fecha, es 15 de octubre de 2024, reparo de pronto en que gozo de un privilegio enorme: tengo tiempo. Tengo tiempo de venir a contemplar Santiago por segunda vez en mi vida. Recorro las calles de esta ciudad herida mientras con mis contemplaciones les estorbo a sus habitantes en su acelerado trajín cotidiano. Busco de nuevo las huellas de la insurrección, algunas aparecen desdibujadas y pálidas, pero hay otras nuevas que resisten al embate inclemente del tiempo. Me doy cuenta ahora que Chile es un

Hasta que valga la pena vivir: escuchar las paredes, narrar la precariedad y pelear el tiempo

gran lienzo en el que incesantemente sus habitantes proyectan los sueños que les trae la cordillera, que hay ahí una cotidianeidad en disputa entre las máquinas de bebidas energizantes y los murales donde se apuesta todo contra el olvido. Es una disputa por asaltar el futuro.

En Santiago, me obsesiono por las coordenadas de los murales en la ciudad, mi amiga Paola me da una pista: Museo Macul, VIMA Sur. Es una unidad habitacional, camino entre sus edificios con pudor, temo que mi mirada irrumpa en un lugar al que no me han invitado. Encuentro murales que retratan a Víctor Jara, Snoop Dog, Pedro Lemebel y Pikachu, otros retratan escenas costumbristas y en algunos otros encuentro figuras piscodélicas o abstractas que apuntan a la lucha por el agua, por la educación; en algunos otros me interpelan las luchas feministas. Es un museo a cielo abierto que se ha construido con la iniciativa de los vecinos y la colaboración de artistas locales y extranjeros. Un proyecto de apropiación del espacio público en el que la acción política y la vista al futuro se conjugan. De pronto, entre autos y cables me asalta un mural que me sacude, me despierta: una chiquilla me observa orgullosa a través de su único ojo, con bandera libertaria y apuntando al futuro. Días después una mujer presa me susurra un poema en los sótanos del Estadio Nacional: “ayer te vi reír y los barrotes se quebraron”. La herida sigue abierta, la insurrección y el futuro también.

Fotografía 10. Apuntando al futuro



Foto de autoría propia. Tomada en el Museo Macul VIMA Sur, Santiago de Chile, octubre 2024

Referencias

- Allende, S. (2010). *Discursos*. España: Diario Público.
- Abenshushan, V. (2013). *Escritos para desocupados*. Oaxaca de Juárez: Sur Plus Ediciones.
- Balibar, É. (2015). *Citizenship*. Cambridge: Polity Press.
- Biblioguías Universidad de Deusto (29 de enero de 2025). *Journal Citation Reports. Factor de Impacto*. Biblioguías Deusto: <https://biblioguias.biblioteca.deusto.es/c.php?g=174230&p=3336181>
- Castillo, C. (2024). *Un día de octubre en Santiago*. Santiago: LOM Ediciones.
- Colectivo Las Tesis (2021). *Quemar el miedo. Un manifiesto*. Ciudad de México: Planeta.
- Convención Constitucional (2022). *Propuesta Constitución Política de la República de Chile*. Santiago: sin editor.
- Dubet, F. (2021). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Dumont, L. (1982). *Homo Aequalis*. Madrid: Taurus.
- Fones, P. (1975). *American Labor Songs of the Nineteenth Century*. Chicago: University of Illinois Press
- Fuenzalida, N. y Serralta, S. (2021). *Todo se rayaba, todo se escribía. Panfletos y murales: La política gráfica en la resistencia a la dictadura*. Santiago: Londres 38 espacio de memorias.
- Furio, J. (2014). *Spartakus. Simbología de la revuelta*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Frayne, D. (2017). *El rechazo al trabajo. Teoría y práctica de la resistencia al trabajo*. Madrid: Akal.
- Heller, Á. (2019). *¿Revoluciones en la vida cotidiana? 50 años después*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- García, A. (2016). La palabra pintada, notas sobre la Brigada Ramona Parra y el muralismo político en Chile. *Atlante, Revue d'études romanes*, 4 (1), 234-248.
- Giglia, A. (2014). Trabajo precario y redes de solidaridad. El caso de los gasolineros en la Ciudad de México. En Giglia, Angela & Miranda, Adelina (coords.). *Precariedad urbana y lazos sociales*. México: UAM I / Juan Pablos.
- Gil, Antón, Manuel, (20 de agosto de 2018), *Los profesores de tiempo repleto: Tan lejos del SNI y las becas, tan cerca de la precariedad*. Educación Futura, Periodismo de Interés Público: <https://www.educacionfutura.org/los-profesores-de-tiempo-repleto-tan-lejos-del-sni-y-las-becas-tan-cerca-de-la-precariedad/>

- Laclau, E. (2006). *La razón populista*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Lorey, I. (2016). *Estado de inseguridad*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pisarello, G. (2002). Estado de derecho y crisis de la soberanía en América Latina: algunas notas entre la pesadilla y la esperanza. En Winstano Orozco y Rodolfo Vázquez (coords.). *Estado de derecho. Concepto Fundamentos y democratización en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI editores / UNAM.
- _____ (2007). *Los derechos sociales y sus garantías. Elementos para una reconstrucción*. Madrid: Trotta.
- Molina, R. (2020). *Hablan Los muros. Grafitis de la rebelión social de octubre de 2019*. Santiago: LOM ediciones.
- Moruno, J. (2018). *No tengo tiempo. Geografías de la precariedad*. Madrid: Akal.
- Mouffe, C. (2016). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- Nino, C. (2013). *Ocho lecciones sobre ética y derecho*. Argentina: Siglo XXI editores.
- Pleyers, G. (2019). “Pensar los actores conservadores y capitalistas como movimientos sociales”. *Revista de Estudios Sociales* 67: 116-123.
- Standing, G. (2011). *The Precariat. The new dangerous class*. New York: Bloomsbury Academic.
- Supiot, A. (2022). *El trabajo ya no es lo que fue. Cómo pensarlo de nuevo en un mundo que cambió (y nos tiene desconcertados)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Thompson, E. (1990). *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act*. London: Penguin Books.
- Zunini, P. (08 de agosto de 2020). *José “Pepe” Mujica: “La lucha armada no puede ser un objetivo de vida” [Entrevista]*. Infobae: <https://www.infobae.com/cultura/2020/08/09/jose-pepe-mujica-la-lucha-armada-no-puede-ser-un-objetivo-de-vida/>